



“Historia de la Crisis Mundial” (1923-2023) Ciclo de lectura, debate y prospectiva

Materiales de trabajo Séptima Sesión

Guía de trabajo para la quinta sesión

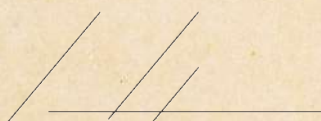
Las revoluciones fuera de Europa. p. 2

Conferencias:
La agitación revolucionaria y socialista
del mundo oriental
(pronunciada el 28 de septiembre de 1923) p. 6

Internacionalismo y Nacionalismo
(pronunciada el 2 de noviembre de 1923) p. 10

La Revolución Mexicana. Reseña
periodística
(publicada el 22 de noviembre de 1919) p. 15

Organiza:



Archivo
José Carlos Mariátegui

NUESTRO
SUR



Séptima sesión

Las revoluciones fuera de Europa

Conferencias:

- La agitación revolucionaria y socialista del mundo oriental (28 septiembre de 1923)
- Internacionalismo y nacionalismo (2 noviembre de 1923)
- La revolución mexicana (22 noviembre de 1923)

I

El título de la primera conferencia que comentaremos en esta sesión incluye un término cargado de sentidos: “oriente”. Automáticamente evoca su contraparte: “occidente”. Ambos términos, como resultado de una historia política y cultural en clave hegemónica han perdido su carácter relativo (cualquier punto del planeta está a la vez al oriente y al occidente de otros) y han pasado a marcar una división absoluta del mundo: hay un occidente y un oriente. Europa es el occidente del mundo, Asia (otro término que resulta de una invención político-cultural) es el oriente del mundo. Y el medio, o detrás de ambos, América o Abya Yala dividida entre sus componentes “occidentales” más modernos y sus similitudes arcaicas con Asia.

En el proceso de expansión del capitalismo y de tránsito al imperialismo en tanto dominación global del capital, el “orientalismo” ha sido un dispositivo político-cultural de primer orden. Al respecto existe un estudio del tema escrito por el marxista palestino-norteamericano Edward Said: *Orientalismo*. Si bien el trabajo de Said se enfoca en el llamado Oriente Medio (los países de población árabe mayoritariamente islámica) da claves para entender la construcción de la visión estereotipada acerca del conjunto de los pueblos y culturas “asiáticas”.

No está de más recordar la enorme producción de Marx sobre la India, China y Turquía. Y en particular el enriquecimiento de la concepción materialista de la historia con la elaboración del concepto de “modo de producción asiático”.

II

La versión exótica, misteriosa, distante e inmutable de “oriente” estuvo bastante extendida en Indoamérica en las primeras décadas del siglo XX. El modernismo literario, y en particular Rubén Darío, contribuyeron a difundir esta visión. El joven cronista/poeta Juan Croniqueur no escapó a esta influencia. En algún verso aludió a “mis ensueños de fakir”, en otro mencionó “la lampara de Aladino”, más tarde escribió un cuento sobre un príncipe indio. Cuando en 1916 entrevistó a Tórtola Valencia resaltó en la crónica el interés de esta por “los bailes indios”.¹ Simultáneamente había cierta idea de los cambios en Japón, la transición autoritaria hacia una modernización estatal y militar. Mariátegui había dado cuenta del conflicto que significaba ese proceso en uno de sus primeros artículos: “El sacrificio bárbaro de Nodgi”.² Este héroe de la batalla de Port Arthur (1905) decisiva en la guerra ruso-japonesa se había suicidado para

¹“Tórtola Valencia, en la de casa de *El Tiempo*”. *El Tiempo*. Lima, 30 noviembre 1916. <http://publicaciones.mariategui.org/escritos-juveniles-tomo-iii/1-reportajes/1.5-tortola-valencia-en-la-casa-de-el-tiempo/>

²“El sacrificio bárbaro de Nodgi”. *El Tiempo*. Lima, 14 de setiembre de 1912. <http://publicaciones.mariategui.org/escritos-juveniles-tomo-ii/1-cronicas-1911-1914/1.9-el-sacrificio-de-nodgi/>

acompañar a su fallecido emperador. Vale la pena leer este texto, una primera aproximación a la relación entre tradición y modernidad a los 18 años.

Contra este telón de fondo que presenta a las sociedades “orientales” como misteriosas, exóticas e inmóviles es que comienzan a sucederse noticias dispersas acerca de movimientos nacionalistas revolucionarios en dichos países.

III

La importancia del “mundo oriental” en la agenda de la revolución mundial responde a la conjunción de diversos factores. El más importante es el interno, es decir la “agitación” endógena que sacude a los países del “mundo oriental” como consecuencia del desenlace de la Gran Guerra y en particular de la Paz de Versalles.

La Gran Guerra había llevado, de una manera u otra a redefinir la relación entre las metrópolis europeas y sus colonias. Necesitadas de combatientes y ante el peligro de perder colonias por intromisión de potencias enemigas o por procesos de liberación nacional, las metrópolis tuvieron que hacer concesiones, o al menos promesas, a sus colonias. Uno de los casos más importantes fue el de la relación entre el Reino Unido y la India. Allí, desde 1885 existía el Congreso Nacional Indio (el partido que más tarde lideraría Gandhi y luego Nehru) que promovía reformas a favor de un autogobierno limitado. En función de lograrla, los líderes moderados promovieron el alistamiento de indios en el ejército británico, alrededor de un millón de indios lo hicieron y participaron en la Gran Guerra en las trincheras europeas. Terminada la guerra, el dominio británico se reforzó con medidas que incluían algunas reformas y mayor represión a los independentistas. En ese contexto Gandhi -que había retornado de Sud África con fama de reformador social en 1915- tomó el liderazgo espiritual del Congreso Nacional Indio e inició el proceso de resistencia no violenta que lo caracterizó en adelante.

Las relaciones de las potencias “occidentales” con Japón quedaron seriamente dañadas con el desaire que los representantes del imperio oriental vivieron en la conferencia. Japón se había sumado a la Entente, a pesar de conflictos previos con los británicos en el sudeste asiático, para apropiarse de las colonias alemanas en el Pacífico y ganar terreno en Corea y China. Terminado el conflicto efectivamente tomaron posesión de algunos territorios, pero no lograron que se incluya en el Tratado de Versalles una cláusula sobre la igualdad racial (obviamente entre los imperios). Tras lo cual abandonaron la Conferencia.

En China, la República que se había establecido en 1912, tras la revolución del año previo, estaba en una profunda crisis. Sun Yat Sen, líder del Kuomintang, gobernaba solo sobre una parte del territorio chino. La mayoría del mismo estaba bajo el control de los “señores de la guerra”, caudillos militares regionales con ejércitos propios. El 4 de mayo de 1919 se produjo una masiva movilización juvenil contra la creciente presencia japonesa, el evento es considerado el antecedente inmediato de la fundación del Partido Comunista Chino en julio de 1921 y marcó el inicio de un ciclo ascendente de movilizaciones urbanas y rurales con un carácter revolucionario. La relación entre comunistas y nacionalistas, dentro y fuera del Kuomintang, sería uno de los temas de intenso debate en el movimiento comunista internacional. Al respecto hay varios artículos en *Amauta* y textos del mismo José Carlos.

Más cerca de “occidente”, Irán (o Persia), Palestina (o Jordania), Irak, Egipto y en particular Turquía vivieron sus propios procesos de redefinición estatal y nacional. A cada uno de los primeros —salvo Turquía que fue una de las potencias derrotadas en la guerra— los británicos les había ofrecido concesiones a cambio de su participación en el conflicto. Después de la victoria el Imperio se dedicó a instalar monarquías títeres. Turquía vivió un proceso distinto dado el protagonismo de los llamados “jóvenes turcos” movimiento nacional reformista integrado por oficiales y funcionarios estatales que hicieron el “balance y liquidación” del Imperio Turco y pusieron en marcha un proceso de laicización y modernización del estado cuyos efectos llegan hasta el presente. Justamente en los días en que Mariátegui daba sus

conferencias, el 29 de octubre de 1923, tras una cruenta guerra que enfrentó a los jóvenes turcos con potencias europeas aliadas con movimientos separatistas (la “guerra de liberación”), se fundó la República de Turquía con Mustafá Kemal Atatürk como su primer presidente.

A la agitación en el “mundo oriental” se sumó el descenso del ciclo revolucionario en “occidente”, es decir en Europa. Ya en 1920, Lenin y la mayoría del partido bolchevique habían descartado la posibilidad de una revolución victoriosa en algún país europeo, en particular en Alemania. El segundo congreso de la Internacional Comunista le había dado lugar al tema de la cuestión colonial, tema que en los eventos posteriores ganó importancia. La Conferencia de Bakú (1920) fue un hito en ese proceso. Las resoluciones del 4º Congreso de la IC (diciembre de 1922) definieron una orientación central de alianza con los movimientos nacionalistas en los países coloniales. Mariátegui, sin duda, conocía esos textos.

La IC tenía, sin embargo, un serio problema para implementar sus acuerdos: la ausencia de partidos con capacidad de organización y dirección sobre los movimientos que estaban en curso. Hay que recordar que los partidos fundadores de la IC fueron casi todos europeos. Pasaron como delegados de “oriente” los representantes de partidos de las repúblicas soviéticas “orientales”. Y se incluyeron algunos expatriados en Rusia que prácticamente no tenían lazos con sus países de origen. Tales son los casos del japonés Sen Katayama, el turco Mustafá Suphi, el indio Manabendra Nath Roy (quien fundó el Partido Comunista Mexicano y luego el de la India), así como el de los coreanos residentes en Moscú que fundaron la Liga de Trabajadores Coreanos y los chinos que habían fundado, también en Moscú, el Partido de los Trabajadores Socialistas Chinos. De allí que, en simultáneo con el impulso a los PC en “oriente”, la IC tomara relación directa y estableciese acuerdos de cooperación con partidos y movimientos nacionalistas. El ejemplo más avanzado de esto fue la relación entre Moscú y el Kuomintang que se concretizó incluso en ayuda militar. La propuesta más radical apuntaba a disolver el PCCH en el Kuomintang y ganar la hegemonía a su interior. También hubo avances de la diplomacia soviética en México en la década de 1920.

IV

No pretenden estas notas resumir o comentar las conferencias de José Carlos. Apuntan a contextualizarlas y provocar la lectura de las intervenciones en la UPMGP. Para esto último es útil plantearnos algunas preguntas. En la 13ª conferencia (“La agitación revolucionaria...”), tras una explicación rigurosamente marxista, de clase, de la explotación colonial, el conferencista propone diversas argumentaciones anti coloniales. ¿Cuál es la matriz de estas argumentaciones? ¿Qué tienen en común? ¿Qué las diferencia? Por otro lado en la misma conferencia, José Carlos dedica buena parte de la sesión a explicar las diferencias entre el “internacionalismo proletario” de la Primera, la Segunda y la Tercera Internacional. ¿Cuál es el punto de deslinde entre una y otra? ¿Cuáles podrían ser las consecuencias contemporáneas de ese deslinde? Por último, en la sección final de la conferencia, citando a Zinoviev, Mariátegui asume plenamente la tesis sobre el carácter de las revoluciones en los países coloniales. ¿Hasta qué punto esa tesis tenía argumentos sólidos en ese momento? ¿Cómo se redefinió el asunto a lo largo de la década de 1920?

La 15ª conferencia profundiza y amplía la comprensión de temas tratados en la 13ª y otras previas. Es además una hermosa síntesis, con rasgos poéticos, acerca de la comprensión que tenía el Amauta acerca de la concepción materialista de la historia. En lo que toca a nosotros cabría inventariar los procesos que Mariátegui identifica como característicos de la internacionalización material que promueve el capitalismo y preguntarnos en qué está cada uno en este momento, si alguno ha declinado o desaparecido, o si han aparecido factores nuevos.

Probablemente con estos dos textos tendremos suficiente para la sesión del sábado 9 de marzo. El texto sobre la Revolución Mexicana, apenas una reseña periodística, queda para lectura personal y comentario más adelante.

Eduardo Cáceres Valdivia, 4 de marzo.

Anexos

Décimotercera conferencia³

La agitación revolucionaria y socialista del mundo oriental

El tema de esta noche es la agitación revolucionaria y nacionalista en Oriente. He explicado ya la conexión que existe entre la crisis europea y la insurrección del Oriente. Algunos estadistas europeos encuentran en una explotación más metódica, más científica y más intensa del mundo oriental, el remedio del malestar económico del Occidente. Tienen el plan audaz de extraer de las naciones coloniales los recursos necesarios para la convalecencia y la restauración de las naciones capitalistas. Que los braceros de la India, del Egipto, del África o de la América Colonial, produzcan el dinero necesario para conceder mejores salarios a los braceros de Inglaterra, de Francia, de Alemania, de Estados Unidos, etc. El capitalismo europeo sueña con asociar a los trabajadores europeos a su empresa de explotación de los pueblos coloniales. Europa intenta reconstruir su riqueza, dilapidada durante la guerra, con los tributos de las colonias. El capitalismo occidental no consigue la resignación del proletariado occidental a un tenor de vida miserable y paupérrimo. Se da cuenta de que el proletariado europeo no quiere que recaigan sobre él las obligaciones económicas de la guerra. Y acomete, por esto, la colonial empresa de reorganizar y ensanchar la explotación de los pueblos orientales. El capitalismo europeo trata de sofocar la revolución social de Europa con la distribución entre los trabajadores europeos de las utilidades obtenidas con la explotación de los trabajadores coloniales. Que los trescientos millones de habitantes de Europa occidental y Estados Unidos esclavicen a los mil quinientos millones de habitantes del resto de la tierra. A esto se reduce el programa del capitalismo europeo y norteamericano. Al esclavizamiento de la mayoría atrasada e inculta en beneficio de la minoría evolucionada y culta del mundo. Pero este plan es demasiado simplista para ser realizable. A su realización se oponen varios factores. Europa ha predicado durante mucho tiempo el derecho de los pueblos a la libertad y la independencia. La última guerra ha sido hecha por Inglaterra, por Francia, por los Estados Unidos y por Italia, en el nombre de la libertad y la democracia, contra el imperialismo y la conquista. Al lado de los soldados europeos, han luchado por estos mitos y por estos principios, muchos soldados africanos y asiáticos. Y estos mitos y estos principios, de los cuales el capitalismo aliado y norteamericano ha hecho tan imprudente y desmedido abuso, han echado raíces en el Oriente. La India, el Egipto, Persia, el África septentrional, reclaman hoy, invocando la doctrina europea, el reconocimiento de su derecho a disponer de sí mismos. El Asia y el África quieren emanciparse de la tutela de Europa, en el nombre de la ideología, en el nombre de la doctrina que Europa les ha enseñado y que Europa les ha predicado. Existe, además, otro motivo psicológico para la insurrección del Oriente. Hasta antes de la guerra, las poblaciones orientales tenían un respeto supersticioso por las sociedades europeas, por la civilización occidental, creadoras de tantas maravillas y depositarias de tanta cultura. La guerra y sus consecuencias han aminorado, han debilitado mucho ese respeto supersticioso. Los pueblos de Oriente han visto a los pueblos de Europa combatirse, desgarrarse y devorarse con tanta crueldad, tanto encarnizamiento y tanta perfidia, que han dejado de creer en su superioridad y su progreso. Europa, más que su autoridad material sobre Asia y África, ha perdido su autoridad moral. Tiene todavía armas suficientes para imponerse; pero sus armas morales son cada día menores.

³ Pronunciada el 28 de septiembre de 1923 en el local de la Federación de Estudiantes. Se publicó por primera vez en la revista *Caretas*, vol. 2, nro. 8, 1951. [\[Treceava Conferencia\] La agitación revolucionaria y socialista del mundo oriental - Archivo José Carlos Mariátegui \(mariátegui.org\)](#)

Además la conciencia moral de los países occidentales ha avanzado también mucho para que una política de conquista y de opresión sea amparada y consentida por las masas populares. Antes, el proletariado, no oponía a la política colonizadora e imperialista de sus gobiernos una resistencia eficaz y convencida. Los trabajadores ingleses, franceses, alemanes, eran más o menos indiferentes a la suerte de los trabajadores asiáticos y africanos. El socialismo era una doctrina internacional; pero su internacionalismo concluía en los confines de Occidente, en los límites de la civilización occidental. Los socialistas, los sindicalistas, hablaban de liberar a la humanidad, pero, prácticamente, no se interesaban sino por la humanidad occidental. Los trabajadores occidentales consideraban tácitamente natural la esclavitud de los trabajadores coloniales. Hombres occidentales, al fin y al cabo, educados dentro de los prejuicios de la civilización occidental, miraban a los trabajadores de Oriente como hombres bárbaros. Todo esto era natural, era justo. Entonces la civilización occidental vivía demasiado orgullosa de sí misma. Entonces no se hablaba de civilización occidental y civilizaciones orientales, sino se hablaba de civilización a secas. Entonces la cultura imperante no admitió la coexistencia de dos civilizaciones, no admitía la equivalencia de civilizaciones, ninguno de esos conceptos que impone ahora el relativismo histórico. Entonces, en los límites de la civilización occidental, comenzaba la barbarie egipcia, barbarie asiática, barbarie china, barbarie turca. Todo lo que no era occidental, todo lo que no era europeo, era bárbaro. Era natural, era lógico, por consiguiente, que dentro de esta atmósfera de ideas, el socialismo occidental y el proletariado occidental, hubiesen hecho del internacionalismo una doctrina prácticamente europea también. En la Primera Internacional no estuvieron representados sino los trabajadores europeos y los trabajadores norteamericanos. En la Segunda Internacional ingresaron las vanguardias de los trabajadores sudamericanos y de otros trabajadores incorporados en la órbita del mundo europeo, del mundo occidental. Pero la Segunda Internacional continuó siendo una Internacional de los trabajadores de Occidente, un fenómeno de la civilización y de la sociedad europeas.

Todo esto era natural y era justo, además, porque la doctrina socialista, la doctrina proletaria, constituían una creación, un producto de la civilización europea y occidental. Ya he dicho, al disertar rápidamente sobre la crisis de la democracia, que la doctrina socialista y proletaria es hija de la sociedad capitalista y burguesa. En el seno de la sociedad medioeval y aristocrática se generó y maduró la sociedad burguesa. De igual modo, en el seno de la sociedad burguesa se genera y madura, actualmente la sociedad proletaria. La lucha social no tiene, pues, el mismo carácter en los pueblos de Occidente y en los pueblos de Oriente. En los pueblos de Oriente, sobrevive hasta el régimen esclavista. Los problemas de los pueblos de Oriente son diferentes de los pueblos de Occidente. Y la doctrina socialista, la doctrina proletaria, es un fruto de los problemas de los pueblos de Occidente, un método de resolverlos. La solución aparece donde existe el problema. La solución no puede ser planteada donde el problema no existe aún. En los países de Occidente la solución ha sido planteada porque el problema existe. El socialismo, el sindicalismo, las teorías que apasionaban a las muchedumbres europeas, dejaban por esto indiferentes a las muchedumbres asiáticas, a las muchedumbres orientales. No existía por esto en el mundo una solidaridad de muchedumbres explotadas, sino una solidaridad de muchedumbres socialistas. Éste era el sentido, éste era el alcance, ésta era la extensión de las antiguas internacionales, de la Primera Internacional y de la Segunda Internacional. Y de aquí que las masas trabajadoras de Europa no combatiesen enérgicamente la colonización de las masas trabajadoras de Oriente, tan distantes de sus costumbres, de sus sentimientos y de sus direcciones. Ahora, este estado de ánimo se ha modificado. Los socialistas empiezan a comprender que la revolución social no debe ser una revolución europea, sino una revolución mundial. Los líderes de la revolución social perciben y comprenden la maniobra del capitalismo que busca en las colonias los recursos y los medios de evitar o de retardar la revolución en Europa. Y se esfuerzan por combatir al capitalismo, no sólo en Europa, no sólo en el Occidente, sino en las colonias. La Tercera Internacional inspira

su táctica en esta nueva orientación. La Tercera Internacional estimula y fomenta la insurrección de los pueblos de Oriente, aunque esta insurrección carezca de un carácter proletario y de clases, y sea, antes bien, una insurrección nacionalista. Muchos socialistas han polemizado, precisamente, por esta cuestión colonial, con la Tercera Internacional. Sin comprender el carácter decisivo que tiene para la revolución social la emancipación de las colonias del dominio capitalista, esos socialistas han objetado a la Tercera Internacional la cooperación que este organismo presta a esa emancipación política de las colonias. Sus razones han sido éstas: el socialismo no debe amparar sino movimientos socialistas. Y la rebelión de los pueblos orientales es una rebelión nacionalista. No se trata de una insurrección proletaria, sino de una insurrección burguesa. Los turcos, los persas, los egipcios, no luchan por instaurar en sus países el socialismo, sino por independizarse políticamente de Inglaterra y de Europa. Los proletarios combaten y se agitan en esos pueblos, confundidos y mezclados con los burgueses. En el Oriente no hay guerra social, sino guerras políticas, guerras de independencia. El socialismo no tiene nada de común con esas insurrecciones nacionalistas que no tienden a liberar al proletariado del capitalismo, sino a liberar a la burguesía india, o persa, o egipcia, de la burguesía inglesa. Esto dicen, esto sostienen algunos líderes socialistas que no estiman, que no advierten todo el valor histórico, todo el valor social de la insurrección del Oriente. En un congreso memorable, en el Congreso de Halle, Zinovief, a nombre de la Tercera Internacional, defendía la política colonial de ésta de los ataques de Hilferding, líder socialista, actual Ministro de Finanzas. Y en esa oportunidad decía Zinovief: "La Segunda Internacional estaba limitada a los hombres de color blanco; la Tercera no divide a los hombres según el color. Si vosotros queréis una revolución mundial, si vosotros queréis liberar al proletariado de las cadenas del capitalismo, no debéis pensar solamente en Europa. Debéis dirigir vuestras miradas también al Asia. Hilferding dirá despreciativamente: ¡Estos asiáticos, estos tártaros, estos chinos! Compañeros, yo os digo: una revolución mundial no es posible si no ponemos los pies también en el Asia. Allá habita una cantidad de hombres cuatro veces mayor que en Europa, y estos hombres son oprimidos y ultrajados como nosotros". Vamos a aproximarlos, a acercarlos al socialismo o no debemos hacerlo? Sí Marx ha dicho que una revolución europea sin Inglaterra se parecería solamente a una tempestad en un vaso de agua, nosotros os decimos, oh compañeros de Alemania, que una revolución proletaria sin el Asia no es una revolución mundial. Y esto tiene para nosotros mucha importancia. También ayo soy europeo como vosotros; pero siento que Europa es una pequeña parte del mundo. En el Congreso de Moscú hemos comprendido qué cosa nos faltó hasta ahora en el movimiento proletario. Allá hemos sentido qué cosa es necesario para que arribe la revolución mundial. Y esta cosa es: el despertar de las masas oprimidas del Asia. Yo os confieso: cuando en Bakú ví centenares de persas y de turcos entonar con nosotros la Internacional, sentí lágrimas en los ojos. Y entonces oí el soplo de la revolución mundial» Y es, por todo esto, que la Tercera Internacional no es ni ha querido ser una Internacional exclusivamente europea. Al congreso de fundación de la Tercera Internacional asistieron delegados del Partido Obrero Chino y de la Unión Obrera Coreana. A los congresos siguientes han asistido delegados persas, turquestanos, armenios y de otros pueblos orientales. Y el 14 de agosto de 1920 se reunió en Bakú ese gran congreso de los pueblos de Oriente, al cual alude Zinovief, al que concurrieron los delegados de 24 pueblos orientales. En ese congreso quedaron echados los cimientos de una Internacional del Oriente, no de una Internacional socialista, sino revolucionaria e insurreccional únicamente.

Bajo la presión de estos acontecimientos y de estas ideas, los mismos socialistas reformistas, los mismos socialistas democráticos, tan saturados de los antiguos prejuicios occidentales, han concluido por interesarse mucho más que antes de la cuestión colonial. Y han comenzado a reconocer la necesidad de que el proletariado europeo se preocupe seriamente de combatir la opresión del Oriente y a amparar el derechos de estos pueblos a disponer de sí mismo. Está actitud nueva de los partidos socialistas cohibe y coacta a las

grandes naciones capitalistas para emplear contra los pueblos de Oriente la fuerza de las expediciones guerreras. Y así vimos el año pasado que Inglaterra, desafiada por Mustafá Kemal en Turquía, no pudo responder a este reto con operaciones de guerra. El partido laboralista inglés inició una violenta agitación contra todo envío de tropas al Oriente. Los dominios ingleses, Australia, el Transvaal, declararon su voluntad de no consentir un ataque a Turquía. El gobierno inglés se vio obligado a transigir con Turquía, a ceder ante Turquía, a la cual, en otros tiempos, habría aplastado sin piedad. Igualmente, hace tres años vimos al proletariado italiano oponerse resueltamente a la ocupación de Albania por Italia. El gobierno italiano fue obligado a retirar sus tropas del suelo albanés. Y a firmar un tratado amistoso con la pequeña Albania. Estos hechos revelan una situación nueva en el mundo.

Esta situación se puede resumir en tres observaciones:

1. Europa carece de autoridad material para sojuzgar a los pueblos coloniales.
2. Europa ha perdido su antigua autoridad moral sobre esos pueblos.
3. La conciencia moral de las naciones europeas no permite en esta época, al régimen capitalista, una política brutalmente opresora y conquistadora contra el Oriente.

Existen, en una palabra, las condiciones históricas los elementos políticos necesarios para que el Oriente resurja, para que el Oriente se independice, para que el Oriente se libere. Así como, a principios del siglo pasado, los pueblos de América se independizaron del dominio político de Europa porque la situación del mundo era propicia, era oportuna para su liberación, así ahora los pueblos del Oriente se sacudirán también del dominio político de Europa porque la situación del mundo es propicia, es oportuna su liberación. Tenemos así panorámicamente contempladas las relaciones entre la situación europea y la insurrección oriental. Estudiemos ahora la agitación revolucionaria de Oriente en sí misma. Recorramos, velozmente, sus principales acontecimientos.

El fenómeno sustantivo de la agitación del Oriente es la resurrección de Turquía.

Décimoquinta conferencia⁴

Internacionalismo y Nacionalismo

En varias de mis conferencias he explicado cómo se ha solidarizado, cómo se ha conectado, cómo se ha internacionalizado la vida de la humanidad. Más exactamente, la vida de la humanidad occidental. Entre todas las naciones incorporadas en la civilización europea, en la civilización occidental, se han establecido vínculos y lazos nuevos en la historia humana. El internacionalismo no es únicamente un ideal; es una realidad histórica. El internacionalismo existe como ideal porque es la realidad nueva, la realidad naciente. No es un ideal arbitrario, no es un ideal absurdo de unos cuantos soñadores y de unos cuantos utopistas. Es aquel ideal que Hegel y Marx definen como la nueva y superior realidad histórica que, encerrada dentro de las vísceras de la realidad actual, pugna por actuarse y que, mientras no está actuada, mientras se va actuando, aparece como ideal frente a la realidad envejecida y decadente. Un gran ideal humano, una gran aspiración humana no brota del cerebro ni emerge de la imaginación de un hombre más o menos genial. Brota de la vida. Emerge de la realidad histórica. Es la realidad histórica presente. La humanidad no persigue nunca quimeras insensatas ni inalcanzables; la humanidad corre tras de aquellos ideales cuya realización presente cercana, presente madura y presente posible. Con la humanidad acontece lo mismo que con el individuo. El individuo no anhela nunca una cosa absolutamente imposible. Anhela siempre una cosa relativamente posible, una cosa relativamente alcanzable. Un hombre humilde de una aldea, a menos que se trate de un loco, no sueña jamás con el amor de una princesa ni de una multimillonaria lejana y desconocida, sueña en cambio con el amor de la muchacha aldeana a quien él puede hablar, a quien él puede conseguir. Al niño que sigue a la mariposa puede ocurrirle que no la aprese, que no la coja jamás; pero para que corra tras ella es indispensable que la crea o que la sienta relativamente a su alcance. Si la mariposa va muy lejos, si su vuelo es muy rápido, el niño renuncia a su imposible conquista. La misma es la actitud de la humanidad ante el ideal. Un ideal caprichoso, una utopía imposible, por bellos que sean, no conmueven nunca a las muchedumbres. Las muchedumbres se emocionan y se apasionan ante aquella teoría que constituye una meta próxima, una meta probable; ante aquella doctrina que se basa en la posibilidad; ante aquella doctrina que no es sino la revelación de una nueva realidad en marcha, de una nueva realidad en camino. Veamos, por ejemplo, cómo aparecieron las ideas socialistas y por qué apasionaron a las muchedumbres. Kautsky, cuando aún era un socialista revolucionario, enseñaba, de acuerdo con la historia, que la voluntad de realizar el socialismo nació de la creación de la gran industria. Donde prevalece la pequeña industria, el ideal de los desposeídos no es la socialización de la propiedad sino la adquisición de un poco de propiedad individual. La pequeña industria genera siempre la voluntad de conservar la propiedad privada de los medios de producción y no la voluntad de socializar la propiedad, de instituir el socialismo. Esta voluntad surge allí donde la gran industria está desarrollada, donde no exista ya duda acerca de su superioridad sobre la pequeña industria, donde el retorno a la pequeña industria sería un paso atrás, sería un retroceso social y económico. El crecimiento de la gran industria, el surgimiento de las grandes fábricas mata a la pequeña industria y arruina al pequeño artesano; pero al mismo tiempo crea la posibilidad material de la realización del socialismo y crea, sobre todo, la voluntad de llevar a cabo esa realización. La fábrica reúne a una gran masa de obreros; a quinientos, a mil, a dos mil obreros; y genera en esta masa no el deseo del trabajo individual y solitario, sino el deseo de la explotación colectiva y asociada de ese instrumento de riqueza. Fijaos cómo comprende y cómo siente el obrero de la fábrica la idea sindical y la idea colectivista; y fijaos, en cambio, cómo la misma idea es difícilmente comprensible para el trabajador aislado del pequeño taller, para el obrero solitario que trabaja

⁴ Pronunciada el 2 de noviembre de 1923 en el local de la Federación de Estudiantes. Se publicó por primera vez *Generación*, abril-mayo de 1951. [OBRAS COMPLETAS DE JOSE CARLOS MARIATEGUI \(marxists.org\)](http://marxists.org)

por su cuenta. La conciencia de clase germina fácilmente en las grandes masas de las fábricas y de las negociaciones vastas; germina difícilmente en las masas dispersas del artesanado y de la pequeña industria. El latifundio industrial y el latifundio agrícola conducen al obrero primero a la organización para la defensa de sus intereses de clase y, luego, a la voluntad de la expropiación del latifundio y de su explotación colectiva. El socialismo, el sindicalismo; no han emanado así de ningún libro genial. Han surgido de la nueva realidad social, de la nueva realidad económica. Y lo mismo acontece con el internacionalismo.

Desde hace muchos lustros, desde hace un siglo aproximadamente, se comprueba en la civilización europea la tendencia a preparar una organización internacional de las naciones de Occidente. Esta tendencia no tiene sólo manifestaciones proletarias; tiene también manifestaciones burguesas. Ahora bien. Ninguna de estas manifestaciones ha sido arbitraria ni se ha producido porque sí; ha sido siempre, por el contrario, el reconocimiento instintivo de un estado de cosas nuevo, latente. El régimen burgués, el régimen individualista, libertó de toda traba los intereses económicos. El capitalismo, dentro del régimen burgués, no produce para el mercado nacional; produce para el mercado internacional. Su necesidad de aumentar cada día más la producción lo lanza a la conquista de nuevos mercados. Su producto, su mercadería no reconoce fronteras; pugna por traspasar y por avasallar los confines políticos. La competencia, la concurrencia entre los industriales es internacional. Los industriales, además de los mercados, se disputan internacionalmente las materias primas. La industria de un país se abastece del carbón, del petróleo, del mineral de países diversos y lejanos. A consecuencia de este tejido internacional de intereses económicos, los grandes bancos de Europa y de Estados Unidos resultan entidades complejamente internacionales y cosmopolitas. Esos bancos invierten capitales en Australia, en la India, en la China, en el Transvaal. La circulación del capital, a través de los bancos, es una circulación internacional. El rentista inglés que deposita su dinero en un banco de Londres ignora tal vez a dónde va a ser invertido su capital, de dónde va a proceder su rédito, su dividendo. Ignora si el banco va a destinar su capital, por ejemplo, a la adquisición de acciones de la Peruvian Corporation, en este caso, el rentista inglés resulta, sin saberlo, copropietario de ferrocarriles en el Perú. La huelga del Ferrocarril Central puede afectarlo, puede disminuir su dividendo. El rentista inglés lo ignora. Igualmente, el carrilano, los maquinistas peruanos ignoran la existencia de ese rentista inglés, a cuya cartera irá a parar una parte de su trabajo. Este ejemplo, este caso, nos sirven para explicarnos la vinculación económica, la solidaridad económica de la vida internacional de nuestra época. Y nos sirven para explicarnos el origen del internacionalismo burgués y el origen del internacionalismo obrero que es un origen común y opuesto al mismo tiempo. El propietario de una fábrica de tejidos de Inglaterra tiene interés en pagar a sus obreros menor salario que el propietario de una fábrica de tejidos de Estados Unidos, para que su mercancía pueda ser vendida más barata y más ventajosa y abundantemente. Y esto hace que el obrero textil norteamericano tenga interés en que no baje el salario del obrero textil inglés. Una baja de salarios en la industria textil inglesa es una amenaza para el obrero de Vitarte, para el obrero de Santa Catalina. En virtud de estos hechos, los trabajadores han proclamado su solidaridad y su fraternidad por encima de las fronteras y por encima de las nacionalidades. Los trabajadores han visto que cuando libraban una batalla no era sólo contra la clase capitalista de su país sino contra la clase capitalista del mundo. Cuando los obreros de Europa lucharon por la conquista de la jornada de las ocho horas, luchaban no sólo por el proletariado europeo sino por el proletariado mundial. A vosotros, trabajadores del Perú, os fue fácil conquistar la ley de ocho horas porque la ley de ocho horas estaba ya en marcha en Europa. El capitalismo peruano cedió ante vuestra demanda porque sabía que el capitalismo europeo cedía también. Y, del mismo modo, por supuesto, no son indiferentes a vuestra suerte las batallas que libran en la actualidad los trabajadores de Europa. Cada uno de los obreros que cae en estos momentos en las calles de Berlín o en las barricadas de Hamburgo no cae sólo por la causa del proletariado alemán. Cae también por vuestra causa; compañeros del Perú.

Es por esto, es por esta comprobación de un hecho histórico que desde hace más de medio siglo, desde que Marx y Engels fundaron la Primera Internacional, las clases trabajadoras del mundo tienden a crear asociaciones de solidaridad internacional que vinculen su acción y unifiquen su ideal.

Pero al mismo efecto de la vida económica moderna no es insensible, en el campo opuesto, la política capitalista. El liberalismo burgués, el liberalismo económico que consintió a los intereses capitalistas expandirse, conectarse y asociarse, por encima de los Estados y de las fronteras, tuvo por fuerza que incluir en su programa el libre cambio. El libre cambio, la teoría libre-cambista corresponde a una necesidad honda y concreta de un período de la producción capitalista. ¿Qué cosa es el libre-cambio? El libre-cambio, la libre circulación, es el libre comercio de las mercaderías a través de todas las fronteras y de todos los países. Entre las naciones existen no sólo fronteras políticas, fronteras geográficas. Existen también fronteras económicas. Esas fronteras económicas son las aduanas. Las aduanas que, a la entrada al país, gravan la mercadería con un impuesto. El libre-cambio pretende abatir esas fronteras económicas, abatir las aduanas, franquear el paso libre de las mercaderías en todos los países. En este período de apogeo de la teoría libre-cambista la burguesía fue, en suma, eminentemente internacionalista, ¿Cuál era la causa de su librecambismo, cuál era la causa de su internacionalismo? Era la necesidad económica, la necesidad comercial de la industria de expandirse libremente en el mundo. El capitalismo de algunos países muy desarrollados económicamente encontraba un estorbo para su expansión en las fronteras económicas y pretendía abatirlas. Y este capitalismo librecambista, que no abarca por supuesto todo el campo capitalista sino sólo una parte de él, fue también pacifista. Preconizaba la paz y preconizaba el desarme porque miraba en la guerra un elemento de perturbación y de desordenamiento de la producción. El librecambismo era una ofensiva del capitalismo británico, el más evolucionado del mundo, el más preparado para la concurrencia contra los capitalismo rivales. En realidad, el capitalismo no podía dejar de ser internacionalista porque el capitalismo es por naturaleza y por necesidad imperialista. El capitalismo crea una nueva clase de conflictos históricos y conflictos bélicos. Los conflictos no entre las naciones, no entre las razas, no entre las nacionalidades antagónicas, sino los conflictos entre los bloques, entre los conglomerados de intereses económicos e industriales. Este conflicto entre dos capitalismo adversarios, el británico y el alemán, condujo al mundo a la última gran guerra. Y de ella como ya he tenido ocasión de explicaros, la sociedad burguesa ha salido hondamente minada y socavada, precisamente a causa del contraste entre las pasiones nacionalistas de los pueblos, que los enemistan y los separan, y la necesidad de la colaboración y la solidaridad y la amnistía recíproca entre ellos, como único medio de reconstrucción común. La crisis capitalista, en uno de sus principales aspectos, reside justamente en esto: en la contradicción de la política de la sociedad capitalista con la economía de la sociedad capitalista. En la sociedad actual la política y la economía han cesado de coincidir, han cesado de concordar. La política de la sociedad actual es nacionalista; su economía es internacionalista. El Estado burgués está construido sobre una base nacional; la economía burguesa necesita reposar sobre una base internacional. El Estado burgués ha educado al hombre en el culto de la nacionalidad, lo ha inficionado de ojerizas y desconfianzas y aun de odios respecto de las otras nacionalidades; la economía burguesa necesita, en cambio, de acuerdos y de entendimientos entre nacionalidades distintas y aun enemigas. La enseñanza tradicionalmente nacionalista del Estado burgués, excitada y estimulada durante el período de la guerra, ha creado, sobre todo en la clase media, un estado de ánimo intensamente nacionalista. Y es ahora ese estado de ánimo el que impide que las naciones europeas se concierten y se coordinen en torno de un programa común de reconstrucción de la economía capitalista. Esta contradicción entre la estructura política del régimen capitalista y su estructura económica es el síntoma más hondo, más elocuente de la decadencia y de la disolución de este orden social. Es, también, la revelación, la confirmación mejor dicho de que la antigua organización política de la sociedad

no puede subsistir porque dentro de sus moldes, dentro de sus formas rígidamente nacionalistas no pueden prosperar, no pueden desarrollarse las nuevas tendencias económicas y productivas del mundo, cuya característica es su internacionalismo. Este orden social declina y caduca porque no cabe ya dentro de él el desenvolvimiento de las fuerzas económicas y productivas del mundo. Estas fuerzas económicas y productivas aspiran a una organización internacional que consienta su desarrollo, su circulación y su crecimiento. Esa organización internacional no puede ser capitalista porque el Estado capitalista, sin renegar de su estructura, sin renegar de su origen, no puede dejar de ser Estado nacionalista.

Pero esta incapacidad de la sociedad capitalista e individualista para transformarse, de acuerdo con las necesidades internacionales de la economía, no impide que aparezcan en ella las señales preliminares de una organización internacional de la humanidad. Dentro del régimen burgués, nacionalista y chauvinista, que aleja a los pueblos y los enemista, se teje una densa red de solidaridad internacional que prepara el futuro de la humanidad. La burguesía misma puede abstenerse de forjar con sus manas organismos e institutos internacionales que atenúen la rigidez de su teoría y de su práctica nacionalistas. Hemos visto así aparecer la Sociedad de las Naciones. La Sociedad de las Naciones, como lo dije en la conferencia respectiva, es en el fondo un homenaje de la ideología burguesa a la ideología internacionalista. La Sociedad de las Naciones es una ilusión porque ningún poder humano puede evitar que dentro de ella se reproduzcan los conflictos, las enemistades y los desequilibrios inherentes a la organización capitalista y nacionalista de la sociedad. Suponiendo que la Sociedad de las Naciones llegara a comprender a todas las naciones del mundo, no por eso su acción sería eficientemente pacifista ni eficazmente reguladora de los conflictos y de los contrastes entre las naciones, porque la humanidad, reflejada y sintetizada en su asamblea, sería siempre la misma humanidad nacionalista de antes. La Sociedad de las Naciones juntaría a los delegados de los pueblos; pero no juntaría a los pueblos mismos. No eliminaría los motivos de contraste entre éstos. Las mismas divisiones, las mismas rivalidades que aproximan o enemistan a las naciones en la geografía y en la historia, las aproximarían o las enemistarían dentro de la Sociedad de las Naciones, Subsistirían las alianzas, los compromisos, las ententes que agrupan a los pueblos en bloques antagónicos y enemigos. La Sociedad de las Naciones finalmente, sería una Internacional de clase, una Internacional de Estados; pero no sería una Internacional de pueblos. La Sociedad de las Naciones sería un internacionalismo de etiqueta, un internacionalismo de fachada. Esto sería la Sociedad de las Naciones en el caso de que reuniese en su seno a todos los gobiernos, a todos los Estados. En el caso actual, en que no reúne sino a una parte de los gobiernos y a una parte de los Estados, la Sociedad de las Naciones es mucho menos todavía. Es un tribunal sin autoridad, sin jurisdicción y sin fuerza, al margen del cual las naciones contratan y litigan, negocian y se atacan.

Pero, con todo, la aparición, la existencia de la idea de la Sociedad de las Naciones, la tentativa de realizarla es un reconocimiento, es una declaración de la verdad evidente del internacionalismo de la vida contemporánea, de las necesidades internacionales de la vida de nuestros tiempos. Todo tiende a vincular, todo tiende a conectar en este siglo a los pueblos y a los hombres. En otro tiempo el escenario de una civilización era reducido, era pequeño; en nuestra época es casi todo el mundo. El colono inglés que se instala en un rincón salvaje del Africa lleva a ese rincón el teléfono, la telegrafía sin hilos, el automóvil. En ese rincón resuena el eco de la última arenga de Poincaré o del último discurso de Lloyd George. El progreso de las comunicaciones ha conectado y ha solidarizado hasta un grado inverosímil la actividad y la historia de las naciones. Se da el caso de que el puñetazo que tumba a Firpo en el ring de Nueva York sea conocido en Lima, en esta pequeña capital sudamericana, a los dos minutos de haber sido visto por los espectadores del match. Dos minutos después de haber conmovido a los espectadores del coliseo norteamericano, ese puñetazo consternaba a las buenas personas que hacían cola a las puertas de los periódicos limeños. Recuerdo este

ejemplo para dar a ustedes la sensación exacta de la intensa comunicación que existe entre las naciones del mundo occidental, debido al crecimiento y al perfeccionamiento de las comunicaciones. Las comunicaciones son el tejido nervioso de esta humanidad internacionalizada y solidaria. Una de las características de nuestra época es la rapidez, la velocidad con que se propagan las ideas, con que se transmiten las corrientes del pensamiento y la cultura. Una idea nueva, brotada en Inglaterra, no es una idea inglesa, sino el tiempo necesario para que sea impresa. Una vez lanzada al espacio por el periódico esa idea, si traduce alguna verdad universal, puede transformarse instantáneamente en una idea universal también. ¿Cuánto habría tardado Einstein en otro tiempo para ser popular en el mundo? En estos tiempos, la teoría de la relatividad, no obstante su complicación y su tecnicismo, ha dado la vuelta al mundo en poquísimos años. Todos estos hechos son otros tantos signos del internacionalismo y de la solidaridad de la vida contemporánea.

En todas las actividades intelectuales, artísticas, científicas, filantrópicas, morales, etc., se nota hoy la tendencia a construir órganos internacionales de comunicación y de coordinación. En Suiza existen las sedes de más de ochenta asociaciones internacionales. Hay una internacional de maestros, una internacional de periodistas, hay una internacional feminista, hay una internacional estudiantil. Hasta los jugadores de ajedrez, si no me equivoco, tienen oficinas internacionales o cosa parecida. Los maestros de baile han tenido en París un congreso internacional en el cual han discutido sobre la conveniencia de mantener en boga el **fox trot** o de resucitar la pavana. Se ha echado así las bases de una internacional de los bailarines. Más aún. Entre las corrientes internacionalistas, entre los movimientos internacionalistas, se esboza una que es curiosa y paradójica como ninguna. Me refiero a la internacional fascista. Los movimientos fascistas son, como sabéis, rabiosamente chauvinistas, ferozmente patrioterros. Ocurre, sin embargo, que entre ellos se estimulan y se auxilian. Los fascistas italianos ayudan, según se dice, a los fascistas húngaros. Mussolini fue una vez invitado a visitar Munich por los fascistas alemanes. El gobierno fascista de Italia ha acogido con simpatía explícita y entusiasta el surgimiento del gobierno filofascista de España. Hasta el nacionalismo, pues, no puede prescindir de cierta fisonomía internacionalista.

Décimosexta conferencia⁵

La revolución mexicana

Reseña periodística

Ante un numeroso auditorio ha ofrecido José Carlos Mariátegui en la Universidad Popular, su antepenúltima conferencia sobre la historia de la crisis mundial. El programa del curso asignaba a la conferencia un tema excepcionalmente interesante en los actuales momentos: La Revolución Mexicana. La Revolución Mexicana en el programa del curso de conferencias de Mariátegui no es naturalmente la actual guerra civil entre el gobierno del General Obregón y la facción de De la Huerta sino todo el trascendental período revolucionario iniciado con el derrocamiento de la dictadura de Porfirio Díaz por Francisco Madero.

Mariátegui expuso los orígenes de la Revolución Mexicana. Explicó la importancia sustantiva de la cuestión agraria en los últimos acontecimientos de la historia de México. Y se ocupó de los aspectos social y económico de la Revolución.

Historió el movimiento de Madero, las debilidades y transacciones que socavaron el gobierno de este generoso caudillo, la actividad reaccionaria que engendró el golpe de mano de Huerta, el asesinato de Madero. Pasó luego a examinar los sucesos que llevaron al poder al General Venustiano Carranza. Y se ocupó de la Constitución de 1917, ilustrando, sobre todo, sus artículos 27 y 123.

Habló en seguida del régimen de Obregón y la reforma agraria. Y dedicó después gran parte de su conferencia a la exposición de la obra educacional de José Vasconcelos. Exaltó la gran figura de Vasconcelos, su ideología revolucionaria, su alto y puro idealismo.

Finalmente expuso los diversos aspectos del movimiento social y proletario de México y concluyó invitando a los trabajadores a saludar en la Revolución Mexicana el primer albor de la transformación del mundo hispano-americano.

La concurrencia aplaudió largamente a Mariátegui y, a iniciativa del estudiante Luis F. Bustamante, acordó invitar al proletariado organizado a suscribir un mensaje de saludo a Vasconcelos y encargarse de su entrega a Víctor Raúl Haya de la Torre. El obrero Carbajo leyó una carta de Haya de la Torre, comunicando las primeras impresiones de su estada en México, que fue recibida con grandes aplausos.

⁵ Los editores de Historia de la Crisis Mundial no pudieron encontrar el manuscrito o notas del autor. Solo quedó la reseña periodística hecha por *La Crónica*, nro. 4233, Lima 25 de diciembre de 1923. https://www.marxists.org/espanol/mariateg/oc/historia_de_la_crisis_mundial/paginas/decima%20sexta%20conferencia.htm